

Shapin, Steven, *A social History of Truth. Civility and Science in Seventeenth-century England*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1994.

El médico y literato español Gregorio Marañón sostenía en 1922 que uno de los problemas de la ciencia, en sociedades de cultura científica débil, era que en el interior de una polémica, el juego de las razones, los argumentos y los contraargumentos, reconocible en sociedades con mayor poderío científico, no se producía en las primeras. De este modo, las nuevas ideas serían sujetas a la lógica de la moda y adoptadas o rechazadas de acuerdo con una racionalidad estética y con las campañas de prensa.

Es tal vez este fenómeno, con sus evidentes matices de proporcionalidad y contexto, lo que explica la pronta discusión (¿y rechazo?) en nuestro ambiente, traducción mediante, de la cosmogonía no moderna que desarrolló Bruno Latour en su "Nunca hemos sido modernos", sin que se diese la oportunidad (aunque habría que reconocer también la imposibilidad positiva en lo que hace a más de un aspecto) de discutir aquel otro trabajo que alimentaba sus tesis principales y del cual el ensayo de Latour no era, finalmente, otra cosa que un largo comentario bibliográfico. La traducción del trabajo de Latour, pletórico de generalizaciones al gusto francés, ocultó sin embargo las tesis (sólo proporcionalmente) más modestas pero sobre todo más elaboradas y consistentes en la investigación de Shapin y Schaffer "Leviathan and the Air-Pump. Hobbes, Boyle, and the Experimental Life".¹ Se comprende: lo de Latour era un ensayo que invitaba a la reflexión; no pretendía ser otra cosa.

Los elementos básicos para el establecimiento de la propuesta latouriana de aquel libro, consistente en las soluciones ofrecidas por la disolución (que Latour veía como realizada de facto) de las fronteras entre lo natural y lo social, estaban ya contenidos *in nuce* en el magnífico análisis de Shapin y Schaffer sobre el nacimiento conjunto de la filosofía experimental y la filosofía política en la Inglaterra del siglo XVII, simbolizadas respectivamente por el duo de Boyle y Hobbes.

¹ S. Shapin, S. Schaffer, *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle and the Experimental Life*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1985.

La tesis principal de la investigación sobre el "Leviathan", basada en este "caso" y tal vez excesivamente generalizada, consistía en la identificación de las respuestas al problema del orden cognitivo y político en una sociedad determinada: "Las soluciones al problema del conocimiento son soluciones al orden social". Lo que reconocía tal trabajo como base para tal tesis era el proceso por el cual el establecimiento de la nueva filosofía experimental creada por Boyle y los nuevos filósofos naturales de la Royal Society, era no sólo una propuesta para garantizar un nuevo modo de conocimiento sobre el mundo, sino, también, una propuesta para la instauración de un modo de socialidad que diese respuestas a los desgarros políticos sufridos por la sociedad inglesa en el siglo XVII. Sin embargo, y es lo fundamental, la solución boyleana se desarrolló en competencia con otra: la doble respuesta "deductiva" dada por Hobbes para responder a los desafíos presentados en el orden de lo político y del conocimiento del mundo. Las polémicas generadas por los experimentos de Boyle y los cuestionamientos consecutivos por parte de Hobbes en torno a la existencia del vacío y al análisis de los efectos producidos por la novedosa bomba de aire (la *big science* de entonces) no eran ni con mucho resultado del problema del *horror vacui* aristotélico, sino que poseían vastas consecuencias en el orden político: el rechazo hobbesiano del vacío era el rechazo paralelo de las entidades invisibles que alimentaban el poder de los hombres de la Iglesia y el consecuente fanatismo que había conducido a la guerra civil. Aún más: Hobbes, opuesto a la filosofía natural boyleana, presentaba un modelo de construcción del conocimiento divergente al boyleano, en el cual la certeza matemática era el arquetipo de todo conocimiento cierto, isomórfico al modo descendente de poder que aseguraba la soberanía absoluta del Leviathan.

La victoria (contingente) de Boyle, proponiendo para el conocimiento de la naturaleza una lógica de la conversación, otorga el fundamento plurisecular para la nueva ciencia. Por el contrario, en el terreno de lo político, sería Hobbes quien impondría su sello, definiendo el terreno de discusión de allí en más.

Una década después de aquel libro, en 1994, Shapin publica, si ello es posible, un texto aún más notable que el anterior: "A social history of truth". Apoyándose más analíticamente sobre el nuevo matrimonio de la historiografía y la sociología de la ciencia, reconceptualiza de modo profundo y radical la comprensión sobre el surgimiento de la ciencia experimental en la Inglaterra del siglo XVII y la textura misma de aquello que compone la práctica científica. Esta vez el foco se centrará en Boyle y los nuevos filósofos naturales exclusivamente, al tiem-

po que se hará de la confianza, la creencia, la previsibilidad y la verdad, el eje articulador de una "teoría unificada" de la ciencia y la sociedad. La ciencia experimental inglesa creada en la órbita de la Real Society, sostiene Shapin, no habría surgido como otra cosa que la extensión de los mecanismos de creación de confianza entre los gentlemen ingleses, generados como respuesta ante lo que se veía como una generalizada crisis de confiabilidad ocurrida en la sociedad inglesa a principios de siglo.

Con un dominio notable sobre las corrientes interpretativistas de sociología, Shapin anuda un conjunto de preguntas y respuestas en torno a la cuestión del Orden: no hay orden sin confianza, no hay confianza sin previsibilidad de las acciones, no hay previsibilidad sin orden cognitivo, no hay saberes estables sin orden social. La construcción de un orden cognitivo es inseparable de la tarea global de construir un orden social, nuestras sociedades de masa son inseparables de la emergencia de esa nueva filosofía de la naturaleza que se imaginó como el desarrollo de una conversación "civilizada".

Es así como la cuestión de la confianza, y, como consecuencia, el problema del conocimiento, es inseparable del problema del orden, porque es inseparable del problema de una jerarquía: qué creer es equivalente al en quién creer (aunque no solamente), y lo que en un momento se vio como el otorgamiento de la confianza a los gentlemen, hoy se vuelve hacia la lógica del experto y la confiabilidad de las organizaciones. Si como decía Weber la singularidad del saber de esta época reside en la confianza en que si uno se empeña comprenderá el motivo por el cual funcionan las cosas y no, como reza la conciencia ideológica, en la actualidad de un saber abierto a todos, ello no es más que la caricatura de un saber democrático y el establecimiento de una nueva forma de la sociedad cortesana (tecnocracia).

La generalización de los modos de conversación cortesana en el nuevo terreno abierto a la indagación de la naturaleza supone un conjunto de especificaciones que Shapin desarrolla bajo el término de Decoro Epistemológico, y lo que también podría llamarse, para algunas de las dimensiones de los nuevos procedimientos cognitivos, un Decoro Ontológico. Un conjunto de máximas y de prescripciones sociales alimentan las posibilidades de llevar a buen puerto una nueva empresa de conocimiento exigida por las aperturas a las que era sometida la sociedad europea de fines del 1500 y el 1600: los nuevos viajes y un nuevo espíritu frente a los Antiguos, suponía algún tipo de mecanismo de selección que se estableciese entre el puro nihilismo frente a la novedad, y la credulidad excesiva que tomaría todo relato por cierto.

En este sentido, Shapin cuestiona, junto con Kuhn, toda la sociología de la ciencia contemporánea, y crecientes ramas de la filosofía de la ciencia también, la prioridad del escepticismo postulado por la filosofía de la ciencia hasta los años sesenta como la piedra de toque de la ciencia experimental: si bien es cierto que se debe dudar de los Antiguos, es el escepticismo generalizado el verdadero enemigo de la nueva empresa cognitiva, porque impide la aceptación de los nuevos testimonios. O en términos más contemporáneos: impide la aceptación de los datos, instrumentos, etc., generados por otros; pone en crisis definitiva la división sociocognitiva del trabajo sobre el cual se apoya, y no puede dejar de apoyarse, la ciencia.

Si el escepticismo lo que verdaderamente pone en cuestión es el orden social, al erosionar la confianza y la credibilidad de los otros, particularmente en tanto testigos de nuevas maravillas, la verdadera proeza de los nuevos filósofos naturales habría sido la creación de una práctica basada en un modelo notablemente equilibrado de máximas y contramáximas de la credibilidad: para rechazar los testimonios poco confiables de marineros borrachos y expedicionarios sórdidos, sin duda, pero sobre todo para evitar el riesgo del escepticismo representado emblemática, y tal vez imaginariamente, por el Rey de Siam, que descreía en la posibilidad de que el agua se volviese sólida en los países del norte, a pesar de que ello se lo relataba el evidentemente fiable embajador inglés.

El trabajo de Shapin, más allá del específico terreno empírico sobre el cual se asienta (o, más bien, por ello), está en camino de convertirse en un paradigma -obra ejemplar- para una porción importante de investigadores en historia de la ciencia. Con una teorización de altísimo vuelo y una investigación empírica de erudición francamente abrumadora, conforma un modelo de investigación que con probabilidad establecerá un horizonte de referencia. En particular para nuestras tierras del extremo sur de occidente, es tal vez el primer modelo de historiografía (de la ciencia) que presenta un modelo verdaderamente articulable para nuestras realidades, en la medida en que desarrolla un esfuerzo notable por mantenerse en un plano de simetría historiográfica (no ciertamente en el sentido latouriano, sino en el sentido que más tradicionalmente condenaba la historia retrospectiva relatada desde el sitio de los vencedores). Ello, en conjunto con la analítica infinitesimal del interpretativismo que alimenta sus tesis teóricas y su metodología, puede ser explotado fructíferamente dada la "inconstancia" de los patrones históricos y sociológicos regionales (respecto de los patrones centrales): una investigación extremadamente cauta fren-

te a las generalizaciones, atenta a los problemas del orden, el desorden y la confianza, que tome las prácticas y las individualidades como planos de referencia prioritarios como precaución metodológica, que sea profundamente nominalista tanto en el plano teórico propio como respecto al mundo de los actores (a veces se olvida que investigar una ciencia no es lo mismo que hacer esa ciencia, que razonar no es lo mismo que razonar sobre un razonamiento).

Que no se nos reproche el carácter "edificante" del comentario final: las enormes y tal vez insuperables dificultades que presenta semejante tarea hacen abandonar cualquier pretensión de una labor individual, al tiempo que ofrecen la posibilidad de aprender en la práctica que la ciencia, como toda realización humana que tenga algún valor, es una tarea esencialmente colectiva.

Alfonso Buch

Edgardo Lander, *La ciencia y la tecnología como asuntos políticos. Límites de la democracia en la sociedad tecnológica*, Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1994, 185 páginas.

Si se leen sin demasiada atención los once capítulos de este libro -además de la Introducción y el Epílogo- parecen conformar una serie de desarrollos dispersos y sin conexión alguna. Desde el modelo científico-tecnológico de occidente hasta la teoría democrática en relación con la ciencia y la tecnología pasando por la evaluación científico-tecnológica, sus límites éticos y sus condicionamientos sociales, todo lo referido al complejo 'ciencia y tecnología' en la sociedad actual se desliza, aparentemente, en un discurso sin articulación y sin posición tomada. Los distintos capítulos parecen ser -y en cierta medida lo son- una especie de 'actualización bibliográfica' del estado del arte de cada uno de los temas analizados.

Sin embargo, sí existe una toma de posición, hoy muy en boga, que se opone (y pretende superar) fundamentalmente a la interpretación marxista de los problemas de la ciencia y la tecnología relacionados con lo político y lo social. (A propósito puede leerse su libro *Contribución a la crítica del marxismo realmente existente: verdad, ciencia y tecnología*, de 1990.)